



Roberta Mezzabarba

Las historias (Des)Veladas

Antología de cuentos



Índice

Prefacio	
La paz de los vencidos	1
Donde se refugian las mariposas	
La hermosa Galiana	
Lluvia	
Proceso a una bruja	18
... Y si...	
La lista del adiós	36
Los paramentos	37
Re-comenzar	
Monoculus Orsinum	49
Spettro, corazón peludo	
Una sucia venganza	
Et legatum et oleum chrismatis	53
iPor la bandolera!	
La venganza del Moai	
Índice	
Note	

Prefacio

Mi amiga Roberta utiliza en estos quince cuentos un lenguaje delicado elegantemente dosificado pero que, a veces, se convierte en brutal para bramar sus ideas.

La secuencia de las obras en un conjunto de retratos humanos, ya sean sus protagonistas hombres o mujeres, sigue una evolución bien determinado de experiencias vitales narradas: se sumerge con firmeza en el mundo masculino, pero, es en el versátil cosmos femenino donde se ve su gran personalidad.

Las historias están llenas de mensajes muy específicos: la injusticia en el texto *La paz de los vencidos*, resume la inutilidad de la guerra, la violación deliberada de la libertad de la mujer y su final; en cambio, es simbólico en *Donde se refugian las mariposas* en el cual se entrecruza con espacios no precisamente humanos que nos permiten comprender la ligereza de una mariposa.

En los relatos históricos de Roberta, el pasado se transforma en presente. Discurren ante los ojos del lector las imágenes de un pasado violento que encontramos en el *Proceso a una bruja* y en el texto *¡Por la bandolera!*, mientras que en *Monoculus Orsinum* reconocemos perfectamente la pasión por Giulia Farnese, su heroína por antonomasia.

Pero Roberta es hija de un territorio que respira historia por los cuatro costados, la Toscana, y, orgullosamente, reclama su pertenencia al mismo en casi todos sus relatos: *Los paramentos*, *La venganza del Moai*, pero el ejemplo más claro es la historia de *La hermosa Galiana*, una muchacha que ha atravesado los siglos y ha llegado hasta nosotros gracias a su belleza. El mito de la belleza se puede

encontrar en cualquier mujer del lugar pero también en el carácter determinado y la gran humanidad de la gente de la zona.

La pluralidad de las temáticas, a continuación, hacen referencia a lo contemporáneo y *La lista del adiós* toca momentos íntimos de emoción que contrasta con el dolor de los enfermos de Covid 19 que, en algunos casos, se transforman en víctimas inocentes. El relato llega al alma y es un puñetazo en el estómago que nos enfrenta a lo que hoy en día es la cotidianidad del sufrimiento.

Re-comenzar es un torbellino violento que reflexiona sobre la esencia de la vida. La consciencia de vivir después de un evento terrible e inesperado como el infarto, inexorablemente provoca un sufrido recorrido de renovación. Un flujo existencial que pasa a través de la fragilidad del ser humano para llegar a profundas reflexiones sobre las prioridades de la vida.

Con *Una sucia venganza*, Roberta se enfrenta a la novela negra, en sintonía con los grandes maestros del género. Lo escrito pone el acento sobre la venganza de un hijo hacia su padre y su nueva compañera.

Et legatum et oleum chrismatis es ya de por sí un título conmemorativo que recupera el aceite crismal utilizado para los sacramentos extraído de las preciadas aceitunas blancas. Pero este hermoso cuento toca las fibras de los lazos familiares, de transparencias y sobreposiciones con naturalidad. Un lugar físico escondido del mundo se convierte en la valiosa herencia de un padre labriego a su hijo filósofo que capta el sentido del valioso don de la tierra.

La narrativa de Roberta se desplaza por las páginas de la existencia, decodifica la realidad, alimenta el flujo vital. Con mano

segura excava en los rastros dejados por el pasado transformando las leyendas populares en relatos hermosísimos, donde conviven los ingredientes fundamentales de la tradición. Pero Roberta, por encima de su experiencia con la vida, nos enseña que se debe resistir a una suerte a veces adversa e impulsarnos nosotros mismo más allá del miedo, porque vivir es importante.

Leer los trabajos de esta gran amiga es entrar en su rico mundo hecho de colores intensos y el lector más atento se dará cuenta de las tonalidades y los más íntimos matices.

Os deseo a todos vosotros una buena lectura

Fausto Mancini



La paz de los vencidos ¹

Siempre le dolían los huesos cuando volvía a casa después de haber cuidado las plantas de su pequeña huerta.

Mantecía con sus dos manos un pequeño hatillo a cuadros blancos y rojos lleno de calabacines acabados de recoger: los deslizó sobre la mesa de la cocina y sintió que se mareaba.

Se apoyó en la mesa y, apartando una silla, a duras penas, se sentó.

Hacía ya tiempo que el dolor de cabeza que la perseguía desde su juventud la había abandonado y que su vida discurría tranquila... pero en aquel momento parecía que se le escapaba por la punta de los dedos.

Alfa cerró los ojos y se vio de niña, aquella mañana de julio de 1944, cuando estrechando contra el pecho un fardo de cuadros blancos y rojos, lleno de calabacines acabados de recoger en el huerto de tía Ines, estaba a punto de entrar en casa cuando encontró la puerta abierta de par en par y la madre vestida con el traje de los domingos, aquel azul con las florecillas, entre dos partisanos armados de expresión dura y decidida.

Aquella mañana, Alfa y la madre deberían haber ido a Vercelli a retirar el subsidio de guerra para los familiares de los combatientes: al padre de Alfa, Pietro Giubelli, lo habían dado por desaparecido.

«¡Muévete, Margherita! ¡A Palmó no le gusta esperar, sin tonterías, síguenos!»

Aquellas palabras, gritadas por la voz estridente de uno de los hombres armados, rompieron el silencio ensordecedor donde sólo el

chillido de las golondrinas retumbaba en el cielo.

Alfa no entendía lo que estaba sucediendo y buscaba con su mirada la de la madre, que, con los ojos, sin embargo, parecía querer evitarla.

«Si me vais a interrogar, entonces me llevo también a mi hija... además no tengo dónde dejarla.»

Al escuchar estas palabras Alfa se enroscó a las piernas de la madre.

«Anduma!²» gritó uno de los hombres, y la extraña compañía se puso en movimiento: dos hombres armados y una mujer con una niña agarrada a su falda. No se dirigieron, como habían dicho, a ver al comandante sino que se metieron por la calle que llevaba al cementerio, evitando adrede el centro de Crevacuore y, con las casas, los ojos indiscretos.

Poco antes de llegar al cementerio había una cabaña abandonada. La compañía se paró enfrente de aquella pequeña construcción.

Uno de los partisanos arrebató a Alfa de la madre, manteniéndola quieta, luego, Margherita, fue empujada al interior de la cabaña.

La mujer intentaba zafarse de la presa de las manos de los dos partisanos que le apretaban los brazos mientras gritaba:

«¿Qué queréis de mí? ¿Qué queréis de mí?»

Las lágrimas querían salir de los ojos de Alfa pero la niña no apartaba los ojos de su madre que, aunque atemorizada, mantenía su orgullo.

De repente, en la puerta de la cabaña, apareció la figura de Palmó, aparentemente desarmado, con la boina en la cabeza y los

finos labios formando una mueca.

El hombre se paró en el umbral de aquella cabaña y su mirada pareció perforar, casi físicamente, con una violencia inaudita, a Alfa y a la madre, que al sentir sobre ellas aquellos ojos habían dejado de moverse.

Jefe indiscutible de los partisanos, Aurelio Bussi, alias Palmo, producía terror con su sola presencia: a un gesto suyo, los partisanos que se encontraban dentro de la cabaña, salieron, dejándolo solo con Margherita.

Fueron unos largos minutos de espera silenciosa en los que incluso las respiraciones semejaban querer hablar: Alfa no apartaba la mirada de la puerta de aquella barraca delante de la que había pasado mil veces pero a la que no había dado ninguna importancia.

De vez en cuando se escuchaba la voz de Margherita gritar palabras que no se distinguían pero cuyo sonido confuso parecía conseguir contar, por sí mismo, todo el dramatismo del momento, el miedo, la rabia, la impotencia de la mujer ante una decisión, aparentemente, ya tomada antes de escucharla.

Después todo se aquietó y se escuchó el sonido de unos pasos.

Margherita salió vacilante, en primer lugar, seguida a pocos pasos por Palmo: la mujer tenía el rostro alterado pero la hija, de todos modos, corrió hacia ella, abrazándola y buscando consuelo entre las manos de su madre, que se levantaron inmediatamente para acariciar su cabeza.

Alfa se dio la vuelta, miró al hombre que estaba junto a ellas: los ojos de Palmo eran fisuras en la fuerte luz estival y su expresión no dejaba transparentar ningún sentimiento..

«Ha llegado tu hora, Margherita. Vosotros dos, Ricciotti y Giubelli³ siempre habéis sido mi ruina, siempre me habéis dado que hacer, isois un puñado de fascistas y de delincuentes!»

El susurro de la voz del jefe partisano resonó despiadado, como una ráfaga de viento frío, en la explanada delante de la cabaña.

Palmo hizo una señal con la cabeza, en dirección a sus hombres, y los dos partisanos que estaban más cerca de Margherita, comenzaron a empujarla por el sendero que subía hacia el cementerio, y después de unos pocos pasos apareció ante los ojos de la mujer y de Alfa un ancho muro gris.

Lo que estaba a punto de suceder resultó muy claro para ambas.

Ya no quedaba espacio para las ilusiones.

Los hombres que la habían conducido a empellones hasta allí habían aflojado la presión en los brazos de la mujer, que ahora podía abrazar estrechamente a la hija manteniéndole la cabeza apretada contra el estómago.

La niña, con sus míseros diez años, sintió los latidos enloquecidos del corazón materno, tum, tum, y estrechándola con fuerza fue consciente, en su joven corazón, de lo que estaba a punto de suceder.

Un partisano, al que los otros llamaban Orlando, se acercó a las dos mujeres intentando apartar a Alfa de los brazos de Margherita.

«Pietà l'è morta!⁴» gritaban los otros incitando al muchacho a actuar con mano dura y no dejarse llevar por la compasión.

Alfa gritaba, no quería soltarse y se resistía dando patadas, con la cabeza baja.

El hombre la arrancó del cuerpo de la madre con un gesto decidido y la arrastró como si fuese un fardo: las rodillas de la niña

se pelaron en las piedras de la grava, pero la pequeña no sintió dolor, sólo tenía oídos para los gritos de la madre.

«¡No, no, socorro, no! ¡Alfa! ¡Alfa!»

Arrastraron lejos a la chiquilla y vio a la madre retenida con firmeza por uno de aquellos hombres armados, luego vio a Palmo hablar con los otros, pero no distinguió las palabras.

En ese momento el partisano Orlando, que todavía mantenía agarrados firmemente los brazos de Alfa, le presionó su cara contra su tórax, cubriéndole los ojos, quizás en un gesto de extrema piedad. La niña con la cara encima del partisano, escuchó la primera explosión, luego un barrido de ametralladora.

Margherita cayó sin emitir un gemido: ante el ruido de los disparos escaparon los pájaros de los árboles que daban sombra a la explanada de la masacre, únicos testigos de aquella carnicería, además de los muertos del cementerio.

El estrujón de Orlando se fue aflojando poco a poco, ahora que Alfa ya no gritaba: la niña, libre del apretujón, durante un momento, con los brazos inermes a lo largo del cuerpo, se quedó mirando fijamente a aquellos hombres fuertes, con sus armas, y el cuerpo de la madre vuelto hacia el suelo, en una posición descompuesta, luego escapó aterrorizada, a los campos.

Escuchó voces a sus espaldas.

«¿Y ahora qué hacemos con esta mocosa?»

Al escuchar esas palabra Alfa se volvió y vio que dos partisanos, a su espalda, ya tenían las armas apuntando contra ella, y el dedo sobre el gatillo, preparado.

«¡Es un testigo!», gritó uno de los hombres.

Alfa tropezó, cayó, se volvió a levantar y continuó corriendo.

«T'es fol!⁵»

La chiquilla corría y, de repente, se dio cuenta de que ya no sentía sus voces, y ni siquiera el ruido agudo de los tiros de un fusil.

Estaba a salvo.

Después de ese día, había deseado con fervor, incluso más de una vez, que aquellas balas le habían otorgado la fortuna de aquel doloroso recuerdo la hubieran permitido morir junto con la madre en vez de dejarla como la única depositaria de aquel inmenso dolor.

Había esperado con ilusión que tuviese lugar el proceso a Bussi.

Después de la investigación a la que había sido sometido, en el año 1953, por el asesinato de la madre, del tío materno y de su compañera, el proceso ni siquiera se celebró: el juez absolvió a Palmo y a sus hombres durante la instrucción del proceso, declarando que los homicidios de Margherita, Carmelo y su compañera, inermes ciudadanos como otros antes y después de ellos, debían considerarse actos de guerra y por lo tanto no punibles.

Gracias a aquel proceso que nunca ocurrió, jamás se pudo conocer el porqué de este gesto.

Quizás Palmo estaba enamorado y había sido rechazado por Margherita, a lo mejor envidiaba una familia normal, aunque endurecida por la guerra, o de aquel subsidio que la pobre Margherita debía retirar en Vercelli.

Quizás todo fue causado por una bofetada, dada por el tío Carmelo Ricciotti a Palmo, durante un desfile por el aniversario de la Marcha sobre Roma⁶: una bofetada que, a lo mejor, fue vengada con muchas muertes, como la de Margherita.

Quizás Palmo quería sólo aterrorizar a la población, como otros partisanos hicieron en Collegno, donde fueron asesinadas unas modistillas culpables tan solo de remendar algunos uniformes a los soldados republicanos.

En realidad, sólo quedaba el hecho de que Palmo había decidido y decretado con frialdad la muerte de una mujer inocente, madre de dos hijos, y por aquel hecho ninguna justicia terrenal lo castigaría jamás.

A Alfa le pareció que, con aquella sentencia, la madre había sido asesinada una segunda vez: un furor ciego la invadió desde lo más hondo, haciendo emerger toda la oscuridad que había escondido dentro de sí durante todos aquellos años, esperanzada en que la justicia castigase a Palmo y sus hombres por las barbaridades que habían cometido, incluso después de acabar la guerra.

Se había casado muy joven con un hombre bueno, Rino, un ex Marò della Decima Mas⁷, que estaba a su lado como podía, intentando sanar su melancolía por una herida mal curada: la consolaba, con palabras tranquilizadoras incluso por el hecho de no haber conseguido tener hijos.

Parecía que la vida de Alfa se hubiese quedado atrapada en aquel día de julio de hacía tantos años.

Para intentar olvidar se mudaron a Milano, pero después, desafortunadamente, Rino perdió el trabajo y se vieron obligados a trasladarse a Alzo, en el lago d'Orta, cerca de Crevacuore.

Quizás fue la cercanía al pueblo donde nació que desencadenó la lúcida locura que invadió a Alfa desde lo más hondo: lo que la ponía rabiosa era el hecho de que Bussi, además de no haber sido

castigado, había sido elegido alcalde de Crevacuore y había sido galardonado con la medalla de oro de la Resistencia.

Así que, una mañana de marzo de 1956, Alfa cogió a escondidas del cajón donde reposaba, la pistola del marido, escondiéndola en el bolso, y salió de casa para buscar a Palmó.

El aire fresco acariciaba el rostro decidido de Alfa: tenía veintidós años, de los que casi la mitad los había pasado atormentándose por aquel acto bárbaro e insensato ocurrido delante de sus ojos.

Una calma glacial se apoderó de ella mientras esperaba el autobús, con el peso de la justicia en el interior del bolso recordándole el sentido del gesto que se aprestaba a cumplir: bajó del autobús y subió a otro que la llevó a Borgosesia. Recorrió con determinación, a pie, los últimos kilómetros que la separaban de Crevacuore.

Los recuerdos iban y venían y acompañaban sus pasos: recordaba a su madre asesinada brutalmente, a su padre Pietro, encontrado después de algún tiempo, en el Hospital Militar de Baggio, al hermano Italo que estaba en Alemania trabajando ya desde antes de la guerra.

Un sólo pensamiento la había mantenido todos estos años: no todos los vencidos callan y recuerdan silenciosamente a sus muertos, y ella no callaría.

Las ansias por encontrar a Palmó y cerrar de una vez por todas aquella historia, la había mantenido con vida, incluso cuando el único deseo que tenía era el de encontrarse entre los brazos de su madre.

Cuando llegó al pueblo fue a la sede municipal: el edificio cuadrado era como lo recordaba; en el balcón que estaba encima de la puerta principal estaba la bandera italiana, inmóvil, en el aire calmo de aquella mañana.

Alfa preguntó por el alcalde, una mujer sentada en el escritorio que se encontraba en el pequeño vestíbulo del ayuntamiento le dijo que aquella mañana todavía no había aparecido.

Entonces se dirigió a casa de Bussi, con paso decidido: llamó a la puerta pero nadie respondió.

Así que, con el bolso apretado en la mano derecha se fue hasta la plaza del pequeño pueblo.

Fuera del único bar que daba a la plaza se sentaba un hombre, solo. Llevaba una gorra oscura, calada sobre la cara, que le tapaba los ojos.

La estaba observando desde hacía un tiempo.

Se dirigió a ella con un aire brusco, como si Alfa le hubiese preguntado algo.

«A còsa ch'al giba tota? Date n'ande!⁸»

Alfa se volvió para mirarle y le sonrió débilmente.

«Chiel a l'é lontan da cà, adess⁹»

«¿Estás hablando de Bussi?», preguntó Alfa.

«Sicur!¹⁰»

El hombre se había quitado la gorra que le cubría la cabeza y mostraba a la joven su rostro.

«Cuand ca la merda la munta la scagn o ca la spusa o ca la fa dagn¹¹.»

Alfa, en ese instante, al escuchar aquellas palabras tuvo la impresión de ya haber visto el rostro de aquel hombre.

«Chiel l'ha massà toa mare. Chila j'era giovo e dovría vive!¹²»

Los ojos de aquel hombre se llenaron de lágrimas y de repente Alfa reconoció en la cara de ese hombre al partisano Orlando, el hombre que la había arrancado de los brazos de su madre y que le había tapado la cara cuando Palmo la había ajusticiado. Parecía como si la estuviese esperando: Alfa se quedó con la boca abierta, árida de palabras ante aquel hombre.

Orlando se puso de nuevo la gorra en la cabeza y la mandó a la casa de una tal Rina Perolini, que según él era la amante de Bussi desde hacía más de diez años.

Alfa, conmovida, pero decidida, corrió con los zapatos de los domingos que se había puesto para la ocasión, como su madre había vestido el traje azul con florecillas en su último día.

Llegó al lugar que le había indicado Orlando y vio a Bussi a través de las finas cortinas de las ventanas; ya no vestía el uniforme de los partisanos sino una camisa a grandes cuadros.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven mujer mientras, prepotente, todo el dolor y el horror vivido de la niña Alfa salieron a flote en un momento, de manera brutal.

Se acercó a la puerta y llamó, con los nudillos; la puerta se abrió y Alfa se encontró de frente a una mujer menuda, con el cabello rubio que acariciaba la espalda y los labios escarlata de su lápiz labial.

La mujer, sorprendida, miraba fijamente a la joven que había llamado a la puerta, preguntándose quién era, confundiéndola, quizás, con la nueva comadrona que estaban esperando en el pueblo.

Durante unos segundos las dos mujeres se miraron en silencio, luego Alfa lo llamó en voz alta, gritando:

«¡Bussi!»

Desde la puerta de entrada se veía la cocina; él, visiblemente molesto, apartando ruidosamente la silla, se levantó de la mesa donde se preparaba para comer y se acercó a la puerta de la vivienda, sin reconocerla: ¿cómo habría podido?

Alfa lo observó un momento, buscando en los ojos de aquel hombre la helada crueldad que la había arrancado el afecto de su madre y toda su juventud.

Sí, había engordado, pero su rostro mantenía inalterada la expresión arrogante de hacía doce años; ante aquella interrupción inesperada e inoportuna, el rostro bien afeitado de Bussi asumió una mueca de fastidio, tanto que los delgados labios parecieron desaparecer.

Cuando llegó frente a ella Alfa extrajo rápidamente la pistola del bolso y, apuntándole, con voz firme y clara le dijo:

«Soy Alfa Giubelli, la hija de Margherita Ricciotti.»

Luego disparó una vez, pero aquel diablo era un hombre fuerte y robusto y no cayó, es más, se acercó más, golpeándola en la cara con un puñetazo.

A Alfa le cogió por sorpresa el puñetazo que le había asestado Bussi; el hombre se tiró sobre ella para sacarle el arma y en el cuerpo a cuerpo pareció que él estaba prevaleciendo sobre la joven pero luego sintió el seco chasquido de tres disparos, que estallaron en rápida sucesión y, Bussi, ahora ya cadáver, le cayó encima.

Finalmente todo había acabado.

La amante del partisano estaba a unos pasos de Alfa, con las manos cubriendo la boca sofocando un grito agudo.

Alfa se levantó y volvió a poner la pistola dentro del bolso.

Le temblaban un poco las manos, como cuando de pequeña esperaba a que el padre decidiese si castigarla o no por la travesura que había hecho.

No sentía ni odio, ni miedo, no se sentía satisfecha, sólo una gran paz restauradora pareció llenarla totalmente.

Dejó a Bussi sobre el pavimento del pasillo de aquella casa, cadáver, y se fue con paso decidido al cuartel de los carabinieri para entregarse; un reguero de sangre le salía de la nariz debido al puñetazo, el último, que le había dado Palmo.

Contó, ingenuamente, a los gendarmes quién era y describió el acto que había cometido, aduciendo sus razones.

Nunca jamás se arrepintió de haber matado a Palmo; los cinco años de cárcel a los que fue condenada, le dieron tiempo para reflexionar, para saldar cuentas con los ogros que habían poblado sus sueños de niña.

Alfa volvió a abrir los ojos y, moviendo la cabeza, regresó a la realidad, saliendo de aquella burbuja del pasado que hacía mucho tiempo que no la visitaba.

Todo era tan lejano, pero si cerraba los ojos todavía sentía las manos de su querida madre que le acariciaban el rostro y el cabello; por esto a sus dos hijas, nacidas después de la detención, nunca les habían faltado las caricias.



You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>